

EL VALS DE LA MUERTE

Otra vez la pesadilla, otra vez mirándose en el espejo de su vida para entender lo que le ocurría; cada noche se convertía en un fúnebre delirio para Rosaura Solares, porque no podía dormir con tranquilidad. Sentía los pasos de algunos lémures caminar cerca de la habitación y escuchaba que pronunciaban su nombre con un sollozo aterrador. Los oía llorar con melancolía y lanzaban gritos de dolor entre los torbellinos de viento que acechaban contra las ventanas y perturbaba su tranquilidad de querube. A veces veía esos apesarados rostros que se formaban mientras escuchaba el sonido aterrador de la lluvia que caía sobre el jardín de la casa, ubicada a orillas del esplendoroso lago de Atitlán. En sus sueños observaba el doloroso final de esos rostros ahogándose en su sangre espesa mientras ella se retorció del dolor al reconocer que eran sus familiares. Y el retrato que posaba en sus pesadillas, eran fiel testimonio de su ensangrentado pasado. Por momentos despertaba alterada y gritaba de miedo, y al reconocer en su interior lo extraño de esos sueños, elevaba una plegaria al creador.

- Padre Celestial: ¿Por qué me sucede esto a mí? ¿Por qué escucho sus voces de dolor en el alma? ¿Por qué me atormentan con su llanto, con sus rostros heridos, con sus gritos exigiéndome protección? ¿Por qué iluminan su esperanza en el telar de mis pesadillas? Dime, Padre Eterno, ¿por qué veo a estas personas sufrir de esa manera tan cruel en mis sueños? Por favor, Padre Celestial, que encuentren paz en tus tiernos brazos. –Imploraba Rosaura, celebrando una dulce plegaria al divino creador, luego de despertar agitada, sintiendo la persecución de esos tristes rostros.

Era evidente que su pasado la atormentaba, recordándole la forma en que habían apagado sus vidas y sembrado muerte en cada alma inocente de su pueblo. Recordaba el lugar donde jugaba cuando era niña, un lugar bonito lleno de árboles grandes y espesos; pero ya solo quedaban las cruces sobre las tumbas clandestinas que ella jamás había entendido. Su padre, Alejandro Solares, acudía de inmediato a su auxilio para consolarla y asegurarse de que nada malo sucedía con su princesa; permanecía junto a ella hasta cerciorarse de que dormía con más paz y

regresaba a su habitación. La abrazaba con ternura y veía en ella a un angelito travieso que día a día crecía como una rosa hermosa.

Así pasaron los años y el militar protegía con devoción a su hija, quien pronto cumpliría quince hermosos años. Pero algo raro pasó en su destino que empezó a deshilar el calendario solar de los espíritus. Poco a poco, Rosaura empezó a recordar que el hombre al que llamaba *papá*, era el arquitecto de la muerte de su verdadera familia. El militar al saberse descubierto, continuó con su rutina. No enfatizó en detalles que pudieran perjudicarlo. Sabía que su hija, guardaba el testimonio perfecto para hundirlo en prisión por las muertes que había ocasionado en el pueblo sepultado en el olvido.

- ¡Guarda la verdad de tu pasado solo para ti misma, hija mía, y serás la mujer más feliz del universo! –Le indicó el militar, con una voz tierna, pero a la vez, amenazadora.

Cuando llegaron los oficiales a traerla para su primera declaración, Rosaura aún no estaba vestida. Se bañó queriendo encontrar serenidad con el rozar del agua que recorría su piel, pero al cerrar los ojos, solo veía los rostros de las personas que observó en sus sueños, queriendo ser escuchados y le susurraron al oído.

- ¡No olvides tu pasado, hija mía! ¡Recuerda quién cambió los designios de tu destino! ¡Tú guardas el tesoro dónde está escrita la verdad de tu pueblo y de tu vida! ¡No olvides tu pasado, ni a tu familia, hija mía! –Alcanzó a entender entre las gotas de agua que se escurrían sobre su piel de primavera pura.

Cubrió su esbelto cuerpo con la toalla celeste y luego se vistió. Un pantalón formal negro, ajustado a su cuerpo y una chaqueta sobre la blusa blanca dejó ver a una mujer con notables atributos femeninos. Los zapatos la hacían ver más alta. Salió de la casa escoltada por los oficiales, pero analizando la frase que le musitaron al oído las voces de su pasado, mientras se bañaba. Sin embargo, no estaba tranquila. Después de varias horas de camino, observando los preciosos paisajes que vestían de gala su mañana, llegaron a la torre de tribunales. Entró al Tribunal

de Mayor Riesgo B y se sentó frente a Solares, quien la saludó con cariño. Miró a la multitud que rumoraba respecto al acusado, previo a la llegada del juez.

- ¡Buenos días! –Saludó el juez –pueden sentarse- y tomó su lugar en el tribunal.

Luego de unos minutos de análisis del caso, le cedió la palabra a la testigo, quien se acercó con evidente nerviosismo al estrado. Todos expectantes guardaron silencio. Sin embargo, Rosaura en su interior estaba hundida en un mar de confusiones. El silencio de su testimonio representaba su libertad; decir la verdad de su pasado, simbolizaba vivir entre las sombras auguradas por el militar y atenerse a las consecuencias advertidas. Entre lágrimas optó por revelar parte de su pasado; con los más profundos abismos en su interior, relató:

- Ese día, señor juez –dijo Rosaura, mirándolo a los ojos para cerciorarse de su atención - observé que en el horizonte se quemaban mis ojos y se petrificaban mis lágrimas, abatidas por la funesta mirada de la muerte que se reflejaba en la claridad de la sangre inocente que se derramaba en mi pueblo a causa de la invasión de los soldados; las manos de mis padres y mis hermanos acariciaban el lodo del dolor en que se revolcaban los vecinos, quienes confundidos miraban hacia el cielo lluvioso, que confundía la sangre con el agua, esperando encontrar en la oscuridad de la noche, la respuesta que calmara el sufrimiento de sus cuerpos, mientras protegían a sus hijos con tristeza, sabiendo que respiraban por última vez. Uno por uno mis padres y mis hermanos también cayeron al suelo y les arrancaron la vida con fusiles. Murieron sin entender las razones de su trágico destino.

En ese momento, el juez observó en sus tristes ojos una pequeña sombra que huía por la ventana del alma, queriendo encontrarse con su tenebroso pasado para describirlo con precisión. Pero el dolor y, sobre todo, el miedo que sentía, fueron evidentes y alteraban la paz en su desarmado corazón. Solamente ella era capaz de resistir el peso de su historia y batallaba constantemente contra ese misterioso efecto que produce el olvido y reviven en las pesadillas; y no se borran a

través del tiempo, porque la memoria es lo único que se rescata de la vida del ser humano, cuando lo ha perdido todo.

Cuando el juez miró a la niña a los ojos, experimentó el mayor de los conflictos estigmatizados en su carrera. Sintió con mucha tristeza en el corazón que Rosaura no creyera en él como operador de la ley. Mientras en sus pensamientos maquinaba esa arboleda de incertidumbres, Rosaura no resistió todos esos elementos implícitos en sus reflexiones y se desmayó, cayendo brutalmente sobre el piso. De inmediato llegaron los bomberos y la llevaron al hospital. Ante este suceso, el juez aplazó la audiencia declaratoria; pero sintió que algo grave pasaría y auguró un trágico final para la pobre criatura. Cientos de espinas habitaban en las páginas de sus conclusiones con relación a la pequeña Rosaura, quien veía su destino derretirse lentamente.

Ella deseó limpiar su alma con aquella dolorosa confesión, pero la incertidumbre y la presión social que exigían justicia hicieron que colapsara y se desmayó frente a los medios de comunicación que grabaron cada palabra que expresaba. Cuando Rosaura reaccionó, ya estaba de nuevo en su casa a orillas del lago. Se sentía mejor, luego de estar cinco días en el hospital. Pero estaba nerviosa porque pronto cumpliría sus quince esperados años. Además, a su corta edad, anhelaba escribir un libro que reflejara la historia de su vida. Pues su vida había sido muy triste desde el momento en que nació y el hombre que asesinó a sus verdaderos padres era el mismo al que ella llamaba con todos los dolores del mundo, *papá*. Estaba consciente que el militar la había cuidado desde que era muy pequeña, haciéndola pasar por su hija y él le salvó la vida. Le daba náuseas saber que comía de la misma comida que su protector y vivía a su lado sin tener el deseo de hacerlo. Se sentía esclavizada en ese mundo donde, poco a poco, moría su realidad, al conocer la verdad. Y la única verdad que le interesaba a la justicia, era la verdad que ella guardaba en su complicada existencia.

Le dolía profundamente la verdad que escondía en su alma. Y esas palabras que calcinaban su interior y la hacían tener pesadillas, no las podía olvidar; las guardaba en el corazón sobre una vela de esperanza, hasta que la herida sangraba inmisericorde sobre las llamas del sufrimiento que la atormentaba, porque el dolor era más que un río de melancolías en el alma para recordarla, sino era una evocación permanente de angustia que no le permitía vivir en paz; debía aprender a perdonar su doloroso pasado y encontrar justicia en las tinieblas de la existencia para dejar de sangrar. Ella lo sabía y su testimonio de vida era suficiente para comprobarlo por ser la única sobreviviente de esa masacre.

El militar se acercó con ternura y le explicó que le tiene preparada una misteriosa sorpresa y ella se emocionó ante la idea de una posible fiesta quinceañera. Y lo más importante, Rosaura pensó que, a partir de ese momento, sería libre como una mariposa que vuela sobre las hojas húmedas del bosque fresco, con olor a monte recién cortado; ella pensó poder volar hacia otras latitudes y disfrutar de los paisajes y, porque no decirlo, disfrutar también de los placeres del amor. En sus noches de alegría, sueña que baila el vals alrededor de una corte de honor, con un hermoso y largo vestido blanco con azul, estampado con finas figuras clásicas que resaltaban su belleza y unos finos tacones para verse más alta. Sueña con Cristian Abel, su amor platónico, con quien imagina un mundo lleno de amor.

Mientras Solares, recuerda perfectamente cómo fue esa masacre... El sonido de su áspera voz, lo immortaliza. El militar siente aun la adrenalina y viaja a ese instante perpetuo en su memoria.

- ¡Soldados, preparen sus armas y sus machetes, acaben con todos los que viven en este maldito lugar y serán recompensados por la patria!

No puede olvidar los gritos de las personas que perecían en sus manos, el dolor que mostraban los padres al observar que sus hijos caían al suelo, degollados, sin vida; su ego de ser el jefe se exhibió en su semblante de leviatán, mientras la sangre se derramaba a sus pies y se escurría entre sus sádicas manos. Los

moribundos imploraban piedad, pero las súplicas fueron desatendidas para los inocentes, que uno a uno, dejaban de existir.

En su mirada bélica persiste la incertidumbre al saber que Rosaura tiene el suficiente valor de declarar en su contra y acusarlo; pero tomó el desmayo como algo positivo que ella hizo para él; analizó qué hacer con Rosaura y mientras lo hizo, caminó por los jardines que rodean la casa a orillas del maravilloso lago de Atitlán, donde las hojas emancipadas llovían de los árboles y se posaban sobre el viento como un torbellino prodigioso, para tranquilizar su ego de asesino y maquinar un plan para engañar a Rosaura.

Desde hace años utiliza su mansión como guarida y en una de las habitaciones atesora a su princesa. Y también le ha servido para planificar sus artimañas, organizar fiestas clandestinas con los altos mandos del cuartel y del gobierno. Y mientras camina, una luz ilumina sus pensamientos y sonrío. Alejandro Solares sabe y comprende perfectamente lo que debe hacer con su *hija* el día de su cumpleaños número quince. Tomó el teléfono y realizó varias llamadas que confirmaron su asistencia al evento. El asunto ya tenía una solución infalible.

Mientras tanto, Rosaura está nerviosa, su corazón tiembla, su espíritu le reclama que no olvide a sus muertos, a su familia. Ella debe tomar una decisión pero sabe que el militar la seguirá a donde sea que viaje. Es su instinto de asesino. No puede confiar en la seguridad policial porque fácilmente se puede sobornar. Comprende que su *padre* no puede abandonar de esa forma a su único testigo que le puede arruinar la vida o puede absolverlo ante la justicia; y no puede causarle la muerte, porque en pocos meses le corresponde volver a declarar; si ella se ausenta será evidente que él está involucrado en el suceso. Rosaura puede salvarlo de su merecido destino o refundirlo en la cárcel con su testimonio y reconoce que tiene en sus manos una gran responsabilidad, tanto con la justicia como con la sociedad. Solares ha visto en ella a un ángel que tiene las alas rotas porque él se encargó de eso, de extinguirlas

El pasado despierta con rayitos de luz en los pensamientos del militar y hace trizas su prodigiosa vida. Él fue el arquitecto que destruyó aquella humilde familia en aquel hermoso pueblo donde solo sobrevivió la niña a quien rescató. Sospecha que el final del paraíso se acerca y que tendrá que acostumbrarse a vivir entre las sombras. En medio de toda esa mugre que deteriora la sociedad y de la que él puede formar parte. Pero puede convertirse también en su castillo, porque es muy buen amigo del director de la penitenciaría y le debe muchos favores.

La conciencia no es algo que haya castigado al militar durante su vida. Sabe que tiene el alma podrida y la misma sensación de muerte que les causó a muchas personas en varios pueblos ahora recorre su cuerpo. Lo disfruta y no se arrepiente. En su espíritu existe un caos de autojuicio y la culpa es el argumento de su monólogo interno que lo hace sonreír de recuerdos placenteros. El perfume que brota de la tierra con olor a pistola disparada y sangre, lo satisface. Le agrada su pasado. Su historia enarbola el orgullo de un militar que aclama sus memorias y las coloca en el baúl de sus hazañas, como su más valiosa y notable biografía. Lo revive constantemente para autosatisfacerse. Se siente el rey mientras sus víctimas lloran de rodillas. En su recuerdo están las voces de los niños que no entendieron del porqué ese hombre de mirada en llamas los obliga a cubrirse el rostro, mientras escuchan el sonido tenebroso de los disparos y sus rodillas se llenan de sangre, y sienten que sus raíces desaparecen entre esos desagradables ruidos. Lloran desconsolados... y uno a uno, se desploman sin misericordia al suelo, sobre el fango de sangre, frente a la sonrisa desalmada del orgulloso militar, quien presume su autoridad ante los inocentes angelitos que hacen su viaje final.

- ¡Dios se encargará de que se pudra en vida y de que su alma no encuentre paz ni en el mismo infierno, desgraciado! –Le auguró una madre antes de morir, al observar la forma de como el militar asesinaba a su familia.

Rosaura regresa a su habitación, saca de un cajón sus manuscritos donde ha guardado, desde que aprendió a leer y escribir, sus memorias y los testimonios más impactantes de su vida, con las que piensa algún día escribir su novela. Se

sienta a leerlos sobre la cama y queda satisfecha con la descripción, mientras que un río de lágrimas decora su rostro de tristeza. Mira el reloj en la pared frente a su cama, es un reloj inglés que le obsequiaron al militar, un día después de la masacre en su pequeño pueblo, tiene la fecha y el lugar en que ocurrió, grabado con letra de oro. Luego, cierra los ojos para descansar y para que su padre, al creerla dormida, se aleje y la deje sola en su habitación.

Pero no ocurre eso; el militar la espía. Desde hace varias noches que hace lo mismo. La observa detenidamente y analiza que Rosaura Solares ya no es la misma niña a la que protegió durante años, ya es toda una señorita, con un bello cuerpo que la hace un verdadero ángel. Deleita sus sentidos con su morbosa imaginación y explora un coro de indecentes imágenes junto a su hermosa protegida. Su respiración se agita y aparece un jardín de emociones en su interior. El militar siente que su corazón colapsa y la sangre del deseo se enciende en sus venas. La desea con ese fuego que despierta una mujer prohibida, una mujer celestial. Se acerca a Rosaura y con las manos temblorosas y ásperas, le acaricia las piernas suaves como flores en primavera, pensando que ella duerme y espera no despertarla, mientras sigue con sus perversas intenciones. Le susurra sus deseos al oído, esperando que ella corresponda de la misma manera. La desea como hombre, la desea como bestia; la desea erguido en sus adentros, borrando de su interior el cariño que construyó como familia a lado de la niña.

- ¡Qué hermosa estás! ¡Te deseo pequeña durmiente! –Le susurra, excitado, al inocente oído de Rosaura, quien permanece inmóvil en su cama.

Ella lo ignora, mientras percibe un beso en su vientre que destruye el poco respeto que aún le guarda a Solares. Escucha el sonido del carruaje de la perversidad, queriendo cabalgar con malicia en su morena piel; piel de ángel enjaulado, piel de princesa quinceañera, de reina celestial. Luego siente esos pesados brazos sobre su cuerpo y presiente que el militar no se detendrá. Rosaura se asusta y abre los ojos. El militar comprende que ha ido demasiado lejos con su

protegida y que para ella ahora el destino tiene una espina más que lastima las grietas de su herida.

- ¡Vine a desearte una feliz noche! ¡Qué duermas tranquila y los angelitos te protejan durante la noche, *hija*! –Balbuceó el militar y se retira a su habitación.

Mientras Rosaura abraza a su pequeña muñeca y comprende que Solares abrió los brazos no para abrazarla, sino para estrangular más su dignidad de mujer. Y que el silencio que ahora guarda de su pasado es el que la ha mantiene con vida. Entiende también que aquellas caricias en su cuerpo marcan el paraíso que desea deleitar el militar con sus perversas intenciones; que la inocencia con el que ha observado el mundo, se convirtió en cuestión de segundos, en un simple elemento del pasado. Su agonía crece. Ella lo sabe y le asusta, porque un hombre como el militar, con esa sangre de leviatán recorriendo sus venas, a estas alturas de la vida, ya olvidó que existe el corazón y los sentimientos que unen a una verdadera familia.

Alejandro Solares nunca pensó ser juzgado por sus atrocidades; la sangre le hierve solo con pensarlo. Él sabe que dio su vida por la patria, por el amor de su vida que fue servirle al país, pero lo hizo de la forma equivocada. De la forma que lo hacen recordar que fue el rey del terror. Eso sí, siguiendo disciplinadamente las órdenes de los superiores. Pero ahora es perseguido por sus siniestras hazañas, por la falta de piedad que tuvo con sus víctimas. Porque fue un hombre que aprendió a encontrarle significado a la vida, en medio de tanta muerte que producía para la patria. Aquí tiene enemigos poderosos que desean aniquilarlo, pero eso no le preocupa. La única que tiene el poder para cobrarle su pasado, es la muerte.

Y a pesar de los años, nunca entendió las razones que motivaron a llevarse a su casa a Rosaura; quizá porque quiso experimentar el significado de ser llamado padre y eso permitió que la salvara, pero ahora esa niña convertía en un martirio su futuro. Porque la veía como a la mujer que nunca tuvo en su cama; a la mujer que encendía las pasiones de un hombre solitario, la mujer que conocía su pasado, pues nunca había sentido el placer de formar una familia a lado de una mujer a quien le

entregara su amor con toda esa energía que sentía en su interior. Y observó como aquella niña sucia y ensangrentada de aquel pueblo masacrado, se había convertido con el paso de los años, en una mujer hermosa. Hasta llegó a pensar en convertirla en su mujer. Desde hacía días que espiaba a Rosaura con esas perversas intenciones, pero no se atrevió a irrumpir su cuerpo angelical. Sin embargo, pensó en ese maléfico propósito que alimentaría su prolífero ego de militar soberbio, y ultimó detalles para la sorpresa que prometió a su hija.

Espiar a Rosaura se convirtió en su insaciable desenfreno. Esa noche la volvió a espiar, ella estaba quieta, callada, semidesnuda, parada frente a la ventana, viendo el hermoso jardín iluminado con el brillo majestuoso de las estrellas que se reflejaban en el lago; además ese delicado paisaje disipaba en parte sus dolores y el militar observó las huellas de su vida grabadas en el cuerpo de su princesa; pudo observar siete cicatrices causadas por balas alrededor de su vientre. El militar no podía creer lo que sus ojos observaban y sintió miedo cuando empezó a recorrer la imagen de su *hija* en sus memorias. Él la había herido de esa trágica forma y las huellas del destino estaban marcadas en su piel celestial.

Involuntariamente vio su propia imagen en el espejo y se vio solo, rodeado de su violento pasado. De las miles de muertes que sus manos realizaron sin una lágrima de piedad. Sin una gota de remordimiento en sus pensamientos. Sin misericordia en su corazón. Recordó claramente cómo había asesinado a la familia de Rosaura. Sonrió como siempre, sin ningún sentimiento de culpa.

- ¡Ese soy yo! –Se autocomplació –El mejor militar de mi patria. El que defendió con su sangre y su honor, cada misión que se le ordenaba. ¡Ese soy yo, un cabrón! –Volvió a sollozar, erguido de satisfacción. ¡Ese soy yo, el que antepone su vida para defender el hogar y la familia de los suyos! ¡Ese soy yo!–Y volvió a sonreír con profusa complacencia.
- ¡Cómo es posible que un hombre como yo, sea acusado por defender los honores de la patria! ¡Por liberarla de sus verdaderos opresores! –Se

justificaba y no estaba tranquilo. Sentía miedo de ser condenado y esclavizado en prisión.

Al amanecer, Rosaura despertó feliz, sabiendo que era su esperado cumpleaños, y observó cómo la mañana se iluminaba frente a la ventana y ella estaba hermosa como siempre; se notó cierta alegría en el rostro cubierto de un manantial de ilusiones que atesoraba su existencia. Está, por primera vez, feliz. Sintió que el universo respiraba al mismo ritmo que ella; quince hermosos años no podían pasar desapercibidos; una fiesta sorpresa alegraba más su corazón.

- ¡Hoy es un día especial para mí! ¡Hoy quiero ser una rosa que deja su capullo para extender sus pétalos; una mariposa que extiende sus alas para conocer los aromas del mundo; una mujer que deja de ser niña para convertirse en musa de un encantador y apuesto caballero! ¡Hoy no quiero dejar de soñar cosas hermosas, Dios mío! ¡Hoy quiero ser libre! ¡Hoy quiero ser una hermosa princesa! –Suplicaba ilusionada.

Tomó el vestido que le regaló su *padre* y se vistió con cuidado y esmero. Se veía perfecta... el color azul con blanco se ajustaba a su cuerpo escultural y perfecto. Era toda una princesa. Los invitados empezaron a llegar a la fiesta. La servidumbre los atendió de la forma indicada.

Ella estaba nerviosa porque sería presentada ante la sociedad culta del país. Y con ramo de flores en la mano, salió de la habitación, acompañada del orgulloso militar. Al fondo se escuchaba una suave melodía ejecutada por una reconocida orquesta. Descendió con gala. Sin embargo, la dirigir su mirada a los invitados, su mundo colapsó. Sorprendida y desilusionada, observó la presencia del grupo de militares en el salón de honor de la mansión, quienes acompañaban a Solares y pretendían disfrutar de los placeres de la mujer inmaculada. Ardían como lobos hambrientos; la miraban con el único deleite de disfrutar los encantos de su cuerpo. No era una fiesta para celebrar sus quince años, era más bien, una reunión para subastar su virginidad.

Distinguió que ella era el motivo de una subasta, organizada por su *padre*. Su *padre* la subastaba en aquella asquerosa celebración militar a orillas del lago de Atitlán, donde todos la veían con sus más íntimas intenciones. Ella era el trofeo para el mejor oferente. Ella era el ángel para el peor diablo. Rosaura esperó una fiesta de quinceañera llena de invitados especiales, donde deseó que Cristian Ariel, su elegante caballero, bailara con ella el vals de sus quince primaveras. Sin embargo, la fiesta se convirtió en una tragedia para ella que observó cómo sus ilusiones se calcinaban entre la lava ardiente de la codicia y el aroma funesto de la muerte invadía la mansión.

Rosaura Solares se decepcionó de la repugnante actitud de su *padre*, que la ilusionó con la sorpresa; el idioma de las lágrimas se descifra en su rostro. Pensó en la tragedia en que se convertiría su futuro si bajaba las gradas y una lluvia de dolor oscurece su más bonito día... y sin más que ese desconsuelo, se levantó lentamente el vestido para caminar y se acercó al militar para despojarlo de su arma; luego lo miró a los ojos y sintió como su corazón empezó a fallarle y su respiración se agudizó. Sintió el ruido de tres disparos que salían de la pistola y atravesaban su cuerpo; el militar miró como su princesa, vestida de quinceañera, a la que protegió tanto tiempo, caía ensangrentada con el peso de su historia en el alma. Durante muchos años vivió la misma angustia, los mismos dolores, pero no resistió más sufrimientos y prefirió buscar la muerte a cambio de ser entregada como objeto sexual por los militares; prefirió ser una rosa crucificada del destino a cambió de ser un juguete del cuartel. Y en cada pétalo que caía de su cuerpo al oscuro precipicio, llevaba marcado el dolor, la esperanza y el perdón.

Mientras tanto el militar revivía en su escasa memoria, los rostros y los gritos de quienes se convirtieron en sus víctimas... Y observó cómo frente a sus ojos la muerte le arrebatava a Rosaura, su más bello tesoro, llena de sangre, llena de angustia y llena de dolor; y poco a poco, entre la confusión que la asediaba, dejó de respirar. Y emitió su último suspiro, mientras el lago de Atitlán, expandía su dolor, elevando fuertes olas, causando desastres en los pueblos a su alrededor, cuyos

habitantes no se percataron de la triste tragedia que le ocurría a Rosaura, en aquella hermosa mansión.

Y por primera vez en su vida, Alejandro Solares, sintió un dolor desesperante que fragmentaba su corazón, al observar que su hija había tomado una fatal decisión frente a sus amigos. Todos los militares presentes huyeron como cobardes de la mansión; mientras él se desvanecía entre el dolor, a lado de su princesa muerta, justo en su cumpleaños número quince.

Y entre torrenciales lágrimas, entendió al fin, las razones que motivaron la idea de salvar a la niña de la masacre de aquel pueblo olvidado; ella le enseñó la verdadera forma de amar y llorar. En ese momento, bebió un vaso con agua y se sentó a esperar que llegara la policía. No quiso huir en su helicóptero. Comprendió que solo la vida es suficiente para comprobar el testimonio de la verdad y hacer justicia con el peso de la conciencia.

El lago de Atitlán fue testigo de lo ocurrido con Rosaura y por siete días se vistió de sangre; ninguno pudo navegar en sus aguas ni entender las extrañas formas rojizas que matizaban su herido paisaje. Simplemente fue la forma en que la naturaleza demostró también su dolor y su inconformidad con la injusticia humana, especialmente con la injusticia de una niña convertida en princesa. Y lloró sangre desde sus entrañas, revelando al mundo el testimonio doloroso y desafortunado de Rosaura Solares.

Al poco tiempo, el militar fue sentenciado y encarcelado. Y poco a poco, su cuerpo se pudrió y su alma no encontró paz, como lo auguró aquella madre adolorida que asesinó en la aldea. Pasó muchos años sufriendo hasta que la muerte se lo llevó, sumergido en un aguacero de recuerdos sangrientos. No hubo necesidad de testimoniar en la tumba del militar lo cruel que fue en la vida, la misma muerte, se lo enseñó.

Ahora en el cementerio, están olvidadas las tumbas de la princesa quinceañera y el militar desalmado; y, tristemente, ni una rosa decora la memoria de Rosaura Solares. Solo se sabe que, en las orillas del lago, a ciertas horas de la tarde, se observa a una niña caminar sobre sus mágicos matices, vestida de quinceañera, donde sus pasos se confunden con la majestuosidad del crepúsculo que cubre de sangre las aguas del lago, como testimonio del dolor y memoria de una niña que sufrió con crueldad en sus prodigiosos manantiales. No hubo necesidad de verse al espejo, ni de escribir su propia novela, de mirar su vida de frente y mirarla en cenizas, haciéndose trizas. Porque descubrió que lo que vale la pena proteger, hay que hacerlo hasta con la vida.

**PSEUDÓNIMO:
ALMA CANTORA**